

Monseñor Gerardi y Monseñor Penados: dos padres de la Iglesia guatemalteca

Durante la conmemoración de monseñor Juan Gerardi, en el decimoquinto aniversario de su martirio, asistiremos entre otros actos al traslado de sus restos y los de monseñor Próspero Penados. Serán llevados desde la cripta hasta la parte superior de la misma catedral, donde estarán más accesibles a la devoción del pueblo de Dios, cada vez que quiera visitar la tumba de quienes le mostraban el camino hacia el reino de Dios. Este hecho nos obliga a prestar especial atención a la amistad que vinculaba a ambos prelados y a la sintonía con la que ambos entendían su misión episcopal.

La atención a las víctimas de la guerra

Entre otros muchos temas, Monseñor Gerardi y Monseñor Penados compartían la preocupación por las víctimas de la guerra. Por ellas habían promovido la publicación del Informe del Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la memoria Histórica (REMHI): *Guatemala Nunca Más*, presentado en la noche del 24 de abril de 1998 por Monseñor Gerardi, 48 horas antes de que fuera asesinado en la casa parroquial de San Sebastián. El cuarto tomo de este informe lleva por título precisamente: *Víctimas del conflicto*. Es, básicamente, un libro de nombres y apellidos: casi 500 páginas de ellos. Miles y miles de gente masacrada. Muchas de estas víctimas todavía son recordadas y lloradas cada día por los familiares que las han sobrevivido. No se les olvida en los hogares de donde fueron arrancadas. Siguen ahí como un lugar vacío, como la presencia de una ausencia. Con haber escrito y publicado los nombres en el cuarto tomo, los obispos Gerardi y Penados confirman la dignidad de las víctimas, cuyos nombres Dios no olvida, según su Palabra registrada en el profeta Isaías: "Yo no te olvidaré. Mira, en mis palmas te llevo tatuada" (49, 15-16).



En la página 486 del tomo IV encontramos datos importantes sobre una categoría de víctimas, más del 30% del total, que pertenecían a algún grupo organizado: "de ellos más de la mitad eran catequistas o delegados de la Palabra" y casi 20% de las víctimas "trabajaba en grupos de carácter social o comunitario, como comités de desarrollo, por ejemplo". Estos datos, concluye el documento, confirman el enorme impacto de la violencia represiva contra los líderes comunitarios.

¿Por qué fueron perseguidas precisamente aquellas personas por los aparatos represivos (ejército, comisionados militares, PAC, policía,...)? ¿Por qué "se hizo tierra arrasada con los catequistas", como hace poco lo expresó alguien que es nieto de uno de ellos? Porque, muchas veces por motivos de fe, estaban luchando contra la injusticia y a favor de un país "distinto", mejor, más habitable, más humano, un país construido

sobre bases de justicia y de paz. Esta lucha, sobre todo en sus inicios no era violenta, no era armada. Antes de hacerse violenta, la lucha era legal y confiaba en medios pacíficos. Solo cuando se comprobó que no se les dejaría ninguna otra alternativa, algunos dieron el paso de hacerse guerrilleros.



Monseñor Próspero Penados, entonces arzobispo metropolitano de Guatemala, explica con claridad este proceso, en sus Palabras Preliminares al Informe mencionado: “El deseo de cambio por una sociedad más justa y la imposibilidad de llevarlo a cabo a través de los estamentos establecidos, provocó la incorporación a la insurgencia no sólo de quienes pretendían un cambio al socialismo sino de muchos –que no siendo marxistas y no teniendo una posición política comprometida– se convencieron y se vieron compelidos a apoyar un movimiento que parecía ser la única vía posible: la lucha armada” (p XII).

Las víctimas que queremos enfocar especialmente en esta reflexión son las personas que, sufriendo pobreza e injusticia, se decidieron a luchar contra las causas de esta situación. Los catequistas y demás líderes vieron la injusticia y oyeron el grito de dolor de su pueblo. Después de juzgar esta situación, desde la Palabra de Dios, como inhumana e insostenible, optaron por la acción liberadora, así como hizo Moisés, el liberador de los esclavos en Egipto, según la vocación que le confió el mismo Dios Liberador (Éx 3).

Pero todos aquellos catequistas y otras personas masacradas, ¿no fracasaron en su lucha? No lograron ver la tierra prometida, ni ellos ni sus descendientes. Quedó truncado el proyecto de liberar al pueblo. A pesar de su sacrificio generoso, como el de Jesús crucificado –hasta el extremo de entregar su vida– Guatemala no puede llamarse hoy un país liberado. Los nietos y nietas de hoy siguen sufriendo casi lo mismo que sufrieron ayer sus abuelos y abuelas: sigue la pobreza y sigue el empobrecimiento, sigue la falta de tierra, de empleo y de salarios justos. Sigue el hambre y sigue la desnutrición infantil como una de las peores tristezas que arrastra nuestra nación. Siguen las enfermedades y sigue la muerte “antes de tiempo”. Sigue la degradación de millones de seres humanos. Sigue el sufrimiento y siguen los gritos de dolor.

Y el mismo monseñor Gerardi, ¿no fracasó, también él, en su proyecto de convertir a Guatemala en un país distinto? En 2013 seguimos viviendo en un país que sigue fundamentalmente en las mismas condiciones que antes de tanto esfuerzo por liberarlo de ellas.

La memoria de los muertos que lucharon por la justicia

Hay un autor judío que, en vísperas del genocidio que se cometió en Europa contra su pueblo en los días de Hitler, reflexionó acerca de las mismas preguntas sobre el fracaso de quienes lucharon contra la injusticia. Se trata de Walter Benjamin quien murió en

1940. En su escrito "*Tesis sobre la historia*", redefine quién es el sujeto de la historia: los y las que sufren y luchan contra la injusticia que es la causa de su sufrimiento. Pero muchos lucharon y cayeron como víctimas en la lucha, sin alcanzar el día de su liberación. Para muchos observadores, incluso historiadores profesionales, aquellos luchadores fracasados se perdieron para siempre. Son como las florecillas que en la marcha de la historia fueron pisoteadas y desaparecieron para siempre de los libros de historia. Ahora son olvidados y olvidadas. Lo único que sobrevivió de aquellos momentos es lo que se impuso por quienes salieron como vencedores: la sociedad en su configuración actual, resultado de lo que impusieron los adversarios de quienes lucharon por un país edificado sobre principios de justicia y paz. La realidad de nuestros días, así se piensa comúnmente, está en los fríos hechos moldeados por la intervención de los vencedores históricos.

Pero Benjamin ve con otros ojos la historia pasada y la realidad presente. Para él, tantos luchadores y luchadoras no quedaron aniquilados en las cunetas del itinerario histórico. Hoy todavía es posible escuchar sus gritos y sus proyectos de emancipación, si es que queremos tener un oído atento y si es que queremos escuchar las voces apagadas. Así descubriremos la presencia de su ausencia, la validez de sus reclamos de justicia. La realidad que vivimos en 2013 no solo son los hechos que tenemos ante nuestros ojos y que son el fruto de las barbaridades cometidas por quienes aplastaron las vidas de la gente que luchó por una vida mejor. La realidad de hoy es aquella facticidad, sí, pero también es el conjunto de posibilidades no realizadas, que eran el objetivo de los oprimidos que lucharon por un país distinto, aunque no lograran alcanzarlo. Estas posibilidades no están de manera absoluta borradas de la realidad: todavía se mantienen vigentes como una crítica subterránea a la actual sociedad y como un sordo grito que clama por el cambio. Si, además de haber matado a estas víctimas *físicamente*, también las matamos *espiritualmente*, al dejarlas enterradas en el olvido, entonces sí las declaramos como florecitas machucadas.

Monseñor Gerardi y monseñor Penados no quisieron que las víctimas sufrieran, además de la primera muerte violenta, esa segunda muerte, que es la del olvido, la del borrón y cuenta nueva. No permitieron que sus nombres fueran tachados del libro de la historia. Al contrario, quisieron tatuarlos en libros y en las columnas del atrio de la catedral, pero sobre todo en la memoria colectiva del pueblo guatemalteco, para no ahogar los gritos contra la injusticia sufrida secularmente. Insistieron nuestros obispos en mantener abierta la posibilidad de que las generaciones que hoy vivimos en Guatemala demos seguimiento a las luchas y alcancemos la tierra prometida a la que ellos y ellas estuvieron a punto de ingresar, pero cayeron eliminadas y eliminados brutalmente por los defensores del "orden establecido", que no es más que una escandalosa situación de desigualdad.

Hacia una teología del Resucitado y de los resucitados

Hay un acercamiento a la teología en el pensamiento de Walter Benjamin, quien era un filósofo muy original y muy libre. Podía asombrarse, como lo dice Reyes Mate, uno de

sus mejores comentaristas, ante situaciones que para el resto de los mortales forman parte del paisaje. De su fe judía rescata la idea del mesianismo, no en el sentido de aquellos movimientos sociales que irresponsablemente esperan la llegada de un salvador quien establecería una nueva situación utópica, sin necesidad de una comprometida colaboración humana. Esto sería desconocer la responsabilidad humana en lo político y la autonomía de los procesos naturales y sociales y, que un pensador como Benjamin toma muy en serio.

Pero en el rechazo de Benjamin de dar por irrevocablemente desperdiciadas las vidas de quienes en el pasado lucharon por conseguir justicia, como si fueran pequeñas flores arrancadas y aplastadas bajo las ruedas de la historia, se abre la puerta para una fe en la resurrección, concepto que como tal no aparece en sus escritos mientras sí incorpora el de "redención". Lo cierto es que las tesis del escritor extraordinario que fue Walter Benjamin, a veces difíciles e interpretables en diversos sentidos, permiten acercar posiciones y motivaciones de la fe con otras no religiosas.

Jesús de Nazaret, en sus días de Galilea, luchó contra la injusticia que sufría la gente pobre, excluida, "impura". Él también terminó frustrado y derrotado: crucificado. Como otra florecilla machacada en la orilla del camino. Para muchos, fue el momento en que desperdió su vida y se acabaron sus posibilidades de tener impactos religiosos y políticos de transformación. Pero en el círculo de sus seguidores creció la convicción de que vivía, a pesar de haber sido matado. Hasta hoy, lo proclamamos presente en medio de los procesos históricos. Seguimos celebrando, en su memoria, la cena con la que se despidió de sus amigos y amigas y que es signo del Reino de Dios, otro nombre para señalar la sociedad distinta, donde hay lugar para todos y todas, donde por fin se consigue justicia. Este reino, sí lo acogemos como don de Dios, pero al mismo tiempo estamos comprometidos y comprometidas en su construcción histórica. Es un reino inaugurado por el Mesías crucificado y resucitado, "primero de los que han muerto" (1Co,15.20) y presente en cada instante de la historia, como una puerta por donde Él puede entrar y colocarse en medio de quienes sufren y luchan para lograr la justicia que no lograron establecer los padres y abuelos.

No vamos a cometer el error de enterrar una vez más a monseñor Gerardi, rematándolo de manera simbólica, al dejarlo en el anonimato y en el olvido. A partir de hoy, se nos facilita la manera de actualizar y alimentar nuestra memoria histórica. Podremos acercarnos a su tumba y a la de su amigo monseñor Próspero Penados, que estarán juntas en la catedral, donde podremos recordarlos, haciendo una oración o encendiendo una veladora, pero donde más que todo podremos encender la llama de nuestra disposición de ser fieles a la memoria de estos luchadores y pedirles su intercesión en el trabajo por la Guatemala distinta y por otro mundo posible, que ellos tuvieron que dejaron inconcluso.

*Guatemala, 26 de abril de 2013
Escuela de Teología y Pastoral Monseñor Gerardi*